

se distinguen las palmeras de la India de los robles de la Alemania y de los sombríos abetos de la Escandinavia.

Una cosa análoga debió de suceder respecto de los germanos septentrionales y meridionales. El combate durísimo por la existencia que los germanos tenían que sostener en los nueve meses de invierno en la Islandia, con sus hielos y fuegos volcánicos del Hecla, con el hambre y con una mar embravecida, era muy diferente del de sus afines, que en las orillas del Danubio y del Rhin encontraron ya á su llegada terrenos roturados, un clima y una vegetación mucho más agradables, que no daban lugar á llenar su imaginación y enriquecer su idioma con tantos nombres de espíritus y gigantes de hielo, de nieve, de copos y de ventisqueros que cita el Edda, y que seguramente eran completamente ignorados por los ubios y sicambros.

Veamos ahora en sus rasgos principales las ideas religiosas comunes á todos los germanos. Conforme al principio dualista del culto de la luz, dividían los poderes sobrenaturales en dos clases; los buenos, creadores, conservadores, favorables al hombre y sus protectores, y los otros malignos, destructores, genios de las tinieblas, enemigos del género humano. Llamaban á los primeros *ases*, es decir, *asideros* y puntales del mundo, del orden social y moral. Sus contrarios eran los titanes ó gigantes, seres rudos, torpes, y representantes de las fuerzas que se oponen al hombre, de las peñas que se burlan del arado y no sufren vegetación alguna, que nada dan al hombre, y con los cuales el dios del trueno y de la tempestad, Donar, está en constante guerra, y como protector de la agricultura machaca con su maza, ó martillo y descomponen con sus aguaceros sus durísimas testas, para luego desmenuzadas y descomponerlas en tierra arable, á fin de que el hombre pueda dominarla y confiarle las semillas de que se alimenta.

Estos titanes eran divinidades, restos de una religión anterior y más primitiva, cuando el hombre aceptaba el bien sin agradecerlo á nadie, y atribuía solo el mal á las fuerzas materiales de la naturaleza contra las cuales no sabía todavía defenderse, á espíritus poderosos, gigantescos y malignos. Conserváronse estos representantes del mal en la imaginación del pueblo aun cuando aprendió á agradecer el bien, atribuyéndolo á nuevas divinidades algo más espirituales; del mismo modo que la rama griega conoció en un principio solo á los titanes, é inventó después sus dioses del Olimpo; y confundiendo en la limitada inteligencia de aquellos pueblos frecuentemente los unos con los otros, no es extraño que los antiguos germanos atribuyeran á algunos titanes una sabiduría de antiquísimo origen, inmensos tesoros acumulados pacíficamente y una fidelidad llena y sencilla cuando se sabía ganar su voluntad.

Nada representa mejor el grado de inteligencia y la cultura de un pueblo que su *cosmogonía*, y bajo este punto de vista no puede negarse que entre los germanos se hallaba á muy corta altura y esto en una época tan reciente cuando se escribió la Edda, cuyo nombre significa la Ciencia madre. Hay dos Eddas, una antigua y otra más moderna; aquel, escrito en el siglo oncenno de nuestra era, es decir, hace unos 800 años, trata de la creación del mundo, de los combates de los dioses con los titanes y entre sí, de la aparición de los primeros hombres y héroes, y finalmente de los dogmas y misterios de la religión. El Edda moderno fué escrito por un tal Snorre-Sturleson, también en la Islandia, no hace todavía trescientos años, y narra en prosa y verso la historia de los dioses.

Los germanos septentrionales y occidentales empezaron á civilizarse según se vé, muy tarde; no así los meridionales, y sobre todo los que se establecieron en las provincias roma-

nas, pero la diferencia no va de muchos siglos; pues ya hemos visto lo que los francos eran en tiempo de Gregorio de Tours que murió en el año 595.

Dice el Edda que en el principio solo había el vacío «la sima de las simas», que lentamente fué llenándose dando á luz el mundo. Al extremo Norte había un país frío y oscuro, el *Niflheim*, en el cual nacieron de un pozo llamado el caldero mugiente, doce grandes ríos que luego se congelaron. Hacia el Sur estaba situado el *Muspelheim*, país fulgorante y cálido que enviaba hacia el otro chispas ardientes, que al chocar con su escarcha y su helada neblina dieron vida á las gotas derretidas y nació una forma que fué el padre de todos los gigantes; llamábasele Imir, nombre que quiere decir el fragoroso, ó también Ergelmir que significa barro en fermentación, ó sea el elemento y materia primitiva. Junto con Imir nació también una vaca, Andhumbra, la del húmedo tesoro. Durante el sueño del primer gigante nació el sobaco un hijo y una hija, los padres de todos los gigantes de la escarcha. La vaca, lamiendo los témpanos de hielo salado, dió lugar á que naciera de un bloque de estos un hombre hermoso, grande y robusto, llamado Buri, que tuvo un hijo, no se sabe de qué mujer y cuyo nombre era Boer, el cual casó con Belsta, hija de un gigante. De esta unión nacieron Odin, Vili y Ve, los dioses supremos que gobiernan el cielo y la tierra, porque mataron al primer titán Imir y formaron de su cuerpo el universo actual, de su sangre el mar, de sus huesos las montañas y así lo demás. El Océano ó sea la culebra Midgard hecha de las cejas de Imir, formaba un círculo alrededor de la tierra. De la carne del gigante crearon los tres dioses hermanos los enanos misteriosos.

Hasta aquí podría pasar esta cosmogonía, pero ahora vienen las contradicciones y confusiones, por las cuales podrá juzgarse á qué grado había llegado la inteligencia de los germanos septentrionales en el siglo XII de nuestra era.

Odin, Vili y Ve crearon al hombre de la madera de un álamo y de un Fresno y le dieron por morada la serpiente Midgard.

La base y centro del universo nuevo formaba un Fresno de dimensiones colosales y que sostenía á Odin el terrífico. A lo largo de su trono nacieron nueve mundos, tres debajo de la tierra, otros tres en ella y tres encima de ella.

Luego se menciona un grupo especial de dioses, los Vanas que hacen alianza con las Ases, divinidades principales, por medio de casamientos y convenios; y como no tienen conexión alguna con estos, serán quizás reminiscencias de deidades originarias del Asia y comunes á todos los arios ó á algunos grupos de ellos, como á los germanos y eslavos en época remotísima. Vienen luego los elfos de la luz y los de las tinieblas, seres subalternos colocados entre las divinidades y el género humano; pero dotados de poder y arte sobrenaturales, bien que los de las tinieblas á pesar de su magia, hubieron de aprender del hombre el arte de hacer pan. Estos seres pueblan en número infinito el aire, el fuego, el agua, la tierra y la selva. En cada árbol, en cada mata, montaña, peña y fuente, los hay, y en todas partes hormiguean como las ninfas y otras semi-deidades de la mitología griega; mientras que los doce dioses y diosas principales viven en la *Asgarð*, región donde cada uno tiene sus castillos y habitaciones anchurosas especiales.

El contraste principal entre la mitología germánica y la griega, no consiste tanto en el carácter confuso de la primera, sino en su fondo trágico y feroz comparándolo con el épico é idílico de la segunda. Verdad es que esta presenta también la lucha por la supremacía entre los titanes y los

dioses olímpicos, pero esta guerra tuvo su fin y solo vibra un apenas perceptible eco de ella y de la victoria definitiva de Zeo ó Júpiter en la leyenda de Prometeo; y excepto alguna que otra contienda entre algunos dioses y diosas, generalmente con motivo de proteger el uno contra la voluntad del otro á algún individuo del género humano, viven los dioses inmortales en eterna bienaventuraza en sus áureas moradas del Olimpo, deleitándose con los armoniosos tañidos de la lira y saboreando el néctar y la ambrosía. No son tan dichosos los dioses de los germanos; su lucha con los gigantes, que sin cesar amenazan y ponen obstáculos á la cultura, no acaba nunca, pues representan las fuerzas brutales y la indomable inercia de una naturaleza ingrata, ruda y llena en todas partes de peligros; en sus áridas, peñascosas é inhospitalarias tierras; en el mar Glacial con sus horrores; en el frío, el hielo, la nieve, la escarcha, los ventisqueros y hasta en el fuego, tan temible y destructor para las cabañas de madera del hombre. Las estaciones del año no se suceden en el Norte pacíficamente como en el Mediodía, sino con alternativas ya benignas y favorables, ya horribles y fatales en el incesante combate de contrarios elementos. El efecto benéfico de la tormenta, el aura primaveral, el rayo de sol, el arco iris, son obra de los ases, deidades de la luz que habitan el Valhalla y representan el principio del bien, primero material y más tarde moral; al contrario de los gigantes protectores y fomentadores del mal. Por esto es deber, y además interés propio del género humano, colocarse en esta eterna lucha del lado de las divinidades buenas.

«Al principio, cuenta el Edda, vivían los dioses alegres, inofensivos é inocentes en completa dicha; jugaban como niños á los dados, ignorando la codicia y la sed de oro. Entonces ningún peligro les amenazaba de parte de los gigantes; pero poco á poco abandonando el camino de la virtud y su amable inocencia, faltaron á los convenios y treguas hechos con los gigantes y jurados solemnemente. En su trato con los mortales y otros seres solo aspiraron á satisfacer sus malas inclinaciones y vicios, cometiendo toda clase de crímenes. El adulterio, la mala fe, la codicia, la envidia y los celos gobernaban sus acciones y los conducían al asesinato, conforme les echó en cara Loki, el rey del fuego, en uno de los banquetes que solían celebrar en compañía de las diosas. De este modo, aunque solo hubiesen sido culpables de la mitad de los crímenes de que los acusaba Loki, no podían ya continuar siendo los ases ó puntales del mundo, el cual se fué envolviendo lentamente en un humo cada vez más espeso, hasta que todo quedó envuelto en tinieblas á pesar de los esfuerzos de Odin y de sus compañeros para detener el mal. En vano encadenaron estos á muchos de sus adversarios como los terribles monstruos que amenazan destruir el cielo y la tierra; la serpiente Midgard, el cancerbero ó perro del infierno, Loki, el maligno rey del fuego, Surtur, la raza dañina de los Muspell y muchos otros; todo es en vano; en cada combate pierden armas y algunos de los suyos; Baldur, su favorito, el esplendente dios de la primavera, baja al oscuro infierno, triste presagio del destino que les aguarda y del ya ineludible oscurecimiento general que les ha de envolver á todos (1) y consumir el mundo, reduciéndolo otra vez al caos.

»La misma naturaleza empieza á salir de su orden; las estaciones cesan de alternar; el terrible invierno, Fimbul, domina y dura tres años porque «el sol ha perdido su fuerza;» entre los hombres ya no hay fe; la paz entre hermanos, parientes

(1) Todo esto forma el motivo de la célebre trilogía de Ricardo Wagner, cuya representación dura una porción de días.

(N. del T.)

é hijos de una misma tribu ya no se observa; el sagrado deber de los germanos de respetar á los muertos, de cortarles las uñas y de enterrarlos se descuida; y el buque colosal en que á la consumación de los siglos ha de embarcarse Hrimer, el gigante de la escarcha con sus innumerables compañeros para destruir á los dioses, destrozar su alegre y resplandeciente morada el Valhalla y el universo; este terrible buque acusador, compuesto solo de las uñas de los muertos, no cortadas por ninguna alma piadosa, adelante y crece á pesar de la pequeñez del material, hasta que la corrupción llega ya á su colmo. Entonces los monstruos á quienes los dioses habían logrado encadenar rompen las cadenas que les sujetaban; las montañas se hunden; las selvas se descuajan; los lobos, que desde el principio del mundo aullaban al sol y á la luna para devorar estos dos astros y que á veces ya los tenían medio cogidos (2), los alcanzan y los engullen para siempre; el lobo Fenris rompe sus ataduras y embiste con las fauces abiertas al mundo, tocando con una mandíbula el cielo y con la otra la tierra, «y, dice el Edda, mas la abriría si no faltase espacio.» La serpiente Midgard inunda toda la tierra, los gigantes de la escarcha vienen en su buque de uñas desde Levante; por el Mediodía se acercan las potencias del fuego destructor: Loki, Surtur y los hijos de Muspel, todos para librar la última batalla decisiva á los ases, las divinidades del Valhalla, que se preparan á recibir al enemigo; su vigía Heimdal, apostado á la entrada del puente, el arco iris, que conduce á su morada, toca el clarín, y los dioses, en unión con las almas de los héroes muertos en combate, salen á recibir á los gigantes; la lucha empieza y acaba con la destrucción de ambos ejércitos; y muertos los dioses y gigantes, comunicase la incandescencia de los del fuego al mundo, que todo se consume en inmenso holocausto purificador.»

Repugna á la conciencia del hombre la idea de la nada y del completo aniquilamiento; su alma busca instintivamente una ánora de esperanza, de perdón, de reconciliación; y bajo la influencia indudable del cristianismo añadió el autor, coleccionador ó arreglador del Edda al último acto de su gran tragedia, un epílogo idílico, cuya dulce memoria forma una magnífica apoteosis final.

«De las cenizas del mundo destruido por sus pecados nace otro nuevo, joven y sin mancha, una nueva tierra y un nuevo cielo; aquella habitada por una nueva raza humana, pero eterna, porque «el rocío matinal es su alimento;» y este por los hijos inocentes de los dioses destruidos; Modi y Magni (el valor y la fuerza), hijos de Tor, han salvado con amor filial de la destrucción el martillo de su padre, con el cual este dios daba contra los duros cráneos de los gigantes; Baldur el inmaculado, y su hermano ciego Hoedur, que fué su matador involuntario, ambos hijos de Odin, vuelven del infierno y todos vivirán desde aquel día en eterna paz y concordia, sin pasiones, inmaculados, en una nueva Valhalla, y allí, en la bella pradera de Ida, encontrarán entre la yerba, los brillantes discos de oro con los cuales jugaban antes de caer en pecado sus antecesores los ases.»

Al hablar del nuevo sol, dice la Edda: «Te asombrarás, ó lector, al ver que el sol habrá parido una hija, nuevo astro tan hermoso como el que lo engendró y en cuya órbita le reemplazará.» El arma primitiva, el martillo de piedra que se encuentra en todos los pueblos salvajes, era también lo que más querían los germanos, y por esto salvan los hijos de Tor impulsados por su amor filial la querida y veneranda arma nacional de su padre, no ya para machacar gigantes sino para solemnizar con repiques alegres las ceremonias páficas como desposorios, el estreno de una casa, etc.

(2) Alusión á los eclipses.



Con esto acaba el mito, porque ¿qué añadiría sin volver á repetirse?

Veamos ahora los dioses de los germanos que conocieron los romanos.

Todas las religiones, aun las más bárbaras y politeístas, no pueden pasarse sin algo que las conduzca finalmente á admitir un dios único; todas, por heterogénea que sea la multitud de sus dioses, necesitan uno supremo que presida á los demás y haga de padre y protector de ellos y del género humano. Este dios supremo era para los germanos Odin ó Vuotan.

La sustancia de que está formado este dios es el éter, el aura celeste. Los romanos le comparaban con Mercurio y aun le identificaban con él sin razón ninguna, porque suponían que era semejante al dios Tentates de los celtas, que efectivamente tenía mucha analogía con el dios del comercio de los romanos y mensajero de los demás dioses. El nombre Vuotan es derivado del verbo *vadan*, vadear, atravesar, y alude al aire que todo lo penetra, del mismo modo que la palabra ánima viene de la voz griega *ánemos* (1), viento; y la palabra alemana *geist*, espíritu, se deriva de *gis-san*, soplar con fuerza; por esta razón es Odin ó Vuotan también el dios del espíritu y del entusiasmo, sobre todo del belicoso, de aquel furor y rabia teutónica que, á pesar de todas las derrotas, conducía continuamente de nuevo á los germanos contra los baluartes de hierro que las legiones romanas acorazadas les oponían. También fué Odin quien sirvió á los demás dioses el néctar de la poesía; fué el ase pensativo y escudriñador insaciable, que inventó las runas, y por esto es también el dios de las ciencias y de la sabiduría, ó mejor dicho, ya que estas no existían, de la astucia, y de consiguiente de la ciencia gubernativa y diplomática; pues él fué quien dió á Arminio el consejo y el plan falaz que perdió á Varo y á sus legiones; porque como rey supremo del paraíso germánico Valhalla, tenía interés en provocar guerras y batallas sangrientas, á fin de que el mayor número posible de guerreros esforzados muriesen como héroes en el campo de batalla, para poder ingresar en el Valhalla y aumentar el ejército de los dioses contra los gigantes; por esto siembra Odin la discordia entre los reyes y los pueblos. También para proteger á sus favoritos les presta armas y otros objetos mágicos: la gorra de niebla que hacía invisible al que se la ponía; la capa mágica de nubes que llevaba por los aires á donde quería el que se cubría con ella; la sortija mágica que despedía continuamente nuevas sortijas de oro y llenaba todos los deseos del individuo que la llevaba, haciéndole feliz en todo. Así vemos que la figura de Odin es el retrato exactísimo y glorioso del genio germánico; Odin es el modelo y el patrón de todos nuestros grandes estadistas, reyes, generales, héroes, poetas y filósofos.

Junto á Odin se hallaba Tor ó Donar, el dios del trueno y de paso de la agricultura, de la civilización, de los convenios y del derecho, cuyas sentencias autoriza y consagra con los golpes de su martillo.

Tir, ó según otros dialectos Ziu (*tsiu*) ó Eru, á quien estaba dedicado el martes, era el dios especial de la guerra, el Marte de los romanos. Podría llamársele con más precisión todavía el dios de las espadas, bajo cuya forma le adoraban. Era manco porque «como la espada solo tiene una hoja le corresponde también solo un brazo.» Para explicar cómo perdió el otro brazo, dice el mito que se lo metió al lobo Fenris en las fauces y éste lo cortó. A este dios y á Tor se sacrificaban animales determinados.

(1) Mejor dicho del sanscrito *aatman*, mens, conocimiento interior, espíritu. Los griegos tomaron de aquí también *ánemos*, aire, soplo, hábito. (N. del T.)

La Isis, que dice Tácito que veneraba una parte de los suevos, sería la madre de los dioses Nerthus ó Nerta, cuyo símbolo era un barco semejante á los bergantines ó liburnas de los ilirios. El autor latino confiesa además que está poco informado de este culto extranjero. Esta diosa es la misma Friga, la esposa de Odin, la señora Hole, Berata ó Frouva de los cuentos y leyendas alemanes; la diosa del matrimonio, del hogar doméstico y de la fecundidad. A veces la confunden con el genio ó vana Freya, diosa del amor, de la hermosura y gracia.

De las demás deidades citaremos á Heimdal, el vigía y guarda del arco iris, puente que conduce de Midgard á Asgard, de la morada de los hombres á la de los dioses (ases); luego Baldur, el dios del sol ó de la luz y de la primavera, atendido que en el Norte las noches de invierno son mucho más largas y los días más cortos y oscuros todavía por brumas, que en las regiones meridionales de Europa; por esta razón, cumplida su misión, muere este dios el 24 de junio ó sea por San Juan, día del solsticio estival, y se quema su imagen en una hoguera, de donde viene la costumbre de los fuegos que en tantos países encienden aquel día. Bragi era el dios especial de la poesía; Loki el espíritu y dios del fuego, enemigo de los dioses según hemos visto; Freyr, otro vana ó espíritu, era el genio del sol, que suele confundirse frecuentemente con Fro, el genio de las cosechas, que se representaba á caballo sobre un jabalí de cerdas de oro. Luego la diosa del mundo inferior, Hel, que en el principio se veneraba como un genio bienhechor, pero después como diosa del infierno. Las tres norñas, Urder, Verdandi y Skulda, que hilaban y tejían los destinos; y finalmente las walkirias ó las doncellas selectas y deseadas, porta-escudos de Odin, que estaban encargadas de llevar los héroes muertos en batalla á las glorias de Valhalla.

Tácito, siguiendo su tendencia de siempre, y comparando el culto sencillo de los germanos con el de los griegos y romanos, dotado de fastuosos templos é imágenes, dice: «verdad es que los germanos veneran á Isis bajo la alegoría de un barco, pero creen indigno de seres celestiales representarlos bajo figura humana y encerrarlos entre paredes. Les dedican montes y bosques, y llaman divinas las cosas misteriosas que sus ojos no distinguen pero que su alma siente con profunda veneración.»

Sin embargo, había en Germania también altares y sagrarios, imágenes de dioses y símbolos divinos, conforme se desprende de otros pasajes de éste y otros autores, de los hallazgos de ídolos y de la analogía con los cultos de los germanos septentrionales, que adoraban el árbol sagrado, quizás la imagen del Fresno, sosten del universo, y á Irminsul, la columna de Irmin, ó quizás también del universo. Además tenían algún templo, por supuesto de madera; y todo esto se ha encontrado entre los germanos meridionales como entre los escandinavos.

En honor de Odin ó Vuotan sacrificaban en determinadas noches esclavos y prisioneros. Unidos al culto iban los oráculos y augurios, empleando principalmente el medio de la suerte, en lo cual se parecían los germanos á los demás pueblos arios, siempre ávidos de consultar á los dioses sobre las cosas del porvenir. Para ello tomaban los germanos una rama de un árbol que lleva fruto y no semilla, de una encina ó haya, y la dividían en pequeños trozos que señalaban con runas diferentes; los arrojaban barajados sobre un vestido blanco, y sacaban al azar con la vista dirigida hácia el cielo un número determinado de palitos, cuyos signos explicaban luego como podían. Así lo hacía el sacerdote en cosas que interesaban á todo el pueblo y el jefe de la casa en las que solo interesaban á la familia. Cuando el augurio resultaba

favorable, solían pedir á la divinidad nuevos signos para mejor confirmar el oráculo, signos que consistían en los gritos y el vuelo de ciertas aves, lo mismo que en Roma, y además, y esto es particular á los germanos, en el relincho y ciertos movimientos de caballos, que con este objeto eran mantenidos del común en los bosques sagrados donde habitaban los dioses y se guardaban los símbolos guerreros del culto. Estos caballos habían de ser blancos y no haber llevado jamás sobre sí hombre alguno, ni servidore en sus faenas, ni sido enganchados á ningún carro, excepto al sagrado de alguna divinidad. Se les conducía en procesion y los guiaba el sacerdote, rey ó conde del pueblo para observar sus resoplidos. Este oráculo era el más solemne y sagrado y que más fe merecía, tanto á la muchedumbre como á los individuos distinguidos y sacerdotes; tanto que los últimos se consideraban como meros criados de los caballos sagrados, y miraban á éstos como seres honrados con la confianza de los dioses.

También empleaban otro augurio cuando se trataba de indagar el éxito de guerras que eran ó prometían ser rudas y dudosas. Apoderábanse de un modo cualquiera de un individuo del pueblo enemigo á quien iban á atacar, y le obligaban á combatir con uno de sus guerreros escogidos, usando cada uno las armas de su pueblo, y según quedaba victorioso el uno ó el otro, suponían ganaría también el pueblo del vencedor y perdería el del vencido.

El estado moral del pueblo cuyas creencias ó ideas religiosas y cosmogonía acabamos de explicar, no podía ser otro que el de un pueblo rudo y guerrero que ocupa todavía

el peldaño más bajo de la escala de civilización; pero sería injusto aplicarle la expresión de un santo padre de la iglesia que dijo: «las virtudes de los gentiles no son más que brillantes vicios.» No puede negarse tampoco que si los germanos ambicionaban morir como héroes, lo hacían más con la esperanza de disfrutar de la vida alegre y regalada que les esperaba en el Valhalla que por la gloria y fama póstumas entre sus semejantes; pero análogos excitantes y motivos interesados se encuentran en las religiones de los demás pueblos. El cumplimiento del deber solo por exigirlo la razón, es únicamente producto de la moral filosófica. Prescindiendo del carácter rencoroso y brutal de la moral de los germanos, y considerando que el deber de la venganza es una consecuencia necesaria del orgullo, del punto de honor guerrero y de la fidelidad y auxilio que miembros de un mismo grupo consanguíneo se deben mutuamente, se juzgará con más benevolencia y aun con admiración esa moral bárbara de un pueblo idólatra. El heroísmo, el valor de buscar y sufrir la muerte con alegría por la familia, por el grupo y el pueblo, ó por el honor y el derecho propios y por supuesto también por terquedad; la fidelidad guardada al amigo, al miembro del grupo consanguíneo, al esposo; la castidad de la mujer, son las virtudes gentílicas que el gran clásico romano admira en nuestros antepasados; estas son las virtudes que les libraron del terrible peligro que les amenazaba por parte de Roma; porque aquella moral de presentar la otra megilla al que nos pega en la una, les habría dado muy malos resultados con los descendientes de los «hijos de la loba.» Además estas virtudes granjearon á la raza germánica el dominio del mundo.